

EL MUNDO SE LLENÓ DE GLOBALIZACIÓN....

Guillermo Giacosa

Existe, en fútbol, una expresión feliz que conviene perfectamente a los tiempos que vivimos: cuando quien recibe la pelota parece que va a dominarla, ésta, que viene con una dinámica propia, impide que el jugador pueda adaptar convenientemente su cuerpo y éste fracasa en el intento. Es entonces cuando se dice: se llenó de pelota. Efectivamente, un desajuste entre los tiempos humanos y las prisas del balón hunde la ilusión casi certera de un gol o provoca el dolor de un gol en contra. Todo parecía tan sencillo y sin embargo, como suele suceder con frecuencia en la vida, todo se fue al diablo.

Así de bonito pintaba la globalización: un mundo integrado en tiempo real por las comunicaciones, la libre circulación de las ideas, la gestación de una conciencia universal que superara definitivamente los nacionalismos y tribalismos obsoletos, los mercados abiertos, etc. ¿Quién, en su sano juicio, podía rechazar una idea que siempre había estado entre los seres humanos y que ahora la tecnología hacía posible?

Sin embargo, cuando parecía que íbamos a convertir ese gol-sueño histórico, nos llenamos de pelota y hemos vuelto a la calle a gritarle al destino y a quienes creemos que son los culpables de haberlo forzado, que así como está, la cosa no va más.

Veamos en la práctica y en el campo económico, que es el más importante, cómo ha funcionado la globalización.

La empresa globalizada es una red compuesta por diferentes elementos distribuidos por todo el mundo y que se articulan, unos a otros, en base a una racionalidad estrictamente económica y utilitaria. Se maneja con dos líneas maestras que no admiten contestación: rentabilidad y productividad.

Los asalariados del país de origen de la empresa son asimilados al mercado internacional de trabajo y sus salarios nivelados hacia abajo. A los de los otros países que forman parte del circuito productivo de la empresa globalizada, les pagarán según los salarios locales.

Siendo rentabilidad y productividad las obsesiones centrales (para no quedar fuera del mercado), es lógico que tiendan a producir donde los costos sean menores y a vender donde los niveles de vida sean más elevados.

Por tanto producirán allí donde las leyes sociales sean más laxas, donde el trabajo infantil esté permitido (o se haga de la vista gorda frente a él), donde la protección del medio ambiente sea sólo letra muerta para complacer a los organismos internacionales. En suma, en aquellos países en los cuales los gobernantes tengan poco o nada que explicarle a sus electores o allí donde los electores estén pintados por tratarse de pseudo democracias o simplemente de dictaduras.

El resultado de estas políticas es, para el Sur pobre: la explotación (sin chistar o chistando casi en silencio) de una mano de obra barata y sin ninguna otra alternativa. Y para el Norte rico: licenciamientos masivos debido al uso de la mano de obra de los países emergentes, a la que se suma la automatización, la robotización y la nueva organización del trabajo.

Estas circunstancias han agravado el abismo entre pobres y ricos en todo el mundo y han creado impensables bolsones de pobreza en los países desarrollados y contingentes de miserables en los países de los llamados Tercer o Cuarto Mundo.

En la India, la clase media de más de 200 millones de personas, la más numerosa del planeta, esta rodeada por 750 millones de miserables. Y a nivel planetario los tres hombres más ricos del mundo poseen más dinero que los 48 países más pobres que comprenden 600 millones de habitantes.

Por otra parte, el ritmo de explotación impuesto a la naturaleza, en beneficio de la eficiencia y la competitividad, está anemizando el planeta de una forma tal que la última conferencia de Naciones unidas sobre el clima fue llamada, entre los expertos, «conferencia de la última oportunidad». Estaríamos, como antes pasó con las armas atómicas y las diferencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética, en una situación límite. Un reciente informe de la Unión Europea advierte que –de seguir así el efecto invernadero- en veinte años más las playas del sur de España y las playas griegas se transformarán en desiertos tan ardientes como el Sahara del otro lado del Mediterráneo.

El choque entre el sistema técnico financiero y el ecosistema

global es de tal magnitud que afecta al planeta en su conjunto.

El drama es que no existen instituciones internacionales, políticas, económicas o jurídicas, capaces de reglamentar la conducta de las empresas multinacionales responsables de esta alteración nociva del medio ambiente. Las muy meritorias que existen, operan y denuncian, son voces destinadas a aumentar el desánimo de quienes vemos venir la catástrofe y a padecer la indiferencia de quienes podrían realmente cambiar este rumbo necrófilo.

Las empresas globalizadas, cuyo único lógico objetivo es la máxima ganancia, no se sienten concernidas por lo que ocurra en el planeta (a menos que sea para fines publicitarios). El «Después de mí, el diluvio» del rey francés, parecerá la invitación a una kermesse escolar al lado de lo que se avecina. Todo indica que no más de 10.000 personas, con capacidad real de decisión, determinarán el futuro de 6000 millones de seres humanos, según su antojo y conveniencia.

La globalización y el culto al mercado no sólo han agravado los problemas medioambientales, sino que carecen de respuesta para los otros grandes males que nos afectan: migraciones, tráfico de drogas, crecimiento desproporcionado de las ciudades, delincuencia, pobreza, marginalidad. Todas bombas de tiempo que tarde o temprano nos estallarán en la cara mientras la sociedad, indiferente, mira hacia otro lado como si hubiese un planeta de repuesto.

En términos locales la globalización ha significado la disolución de los mercados nacionales (base de la construcción histórica de un país) en el mercado mundial.

También ha debilitado, hasta el límite de la anemia, las instancias políticas. Lo primero que comprueba un presidente o un ministro cuando llega al poder, es la ausencia real de éste. Los Estados actuales se hallan en una situación de indefensión similar a la de las antiguas estructuras políticas no europeas frente a las potencias colonizadoras.

Así como el mundo se ha llenado de globalización, muchos políticos y periodistas se han llenado de neoliberalismo y proclaman, basándose en el fracaso del populismo, medidas que terminarán haciendo del poder político (único poder capaz de defender los intereses de la nación) una caricatura al servicio de la

inversión de capitales.

El reclamo unánime es: necesitamos capitales. Nadie lo duda. Pero necesitamos ante todo reglas claras de juego. Y la pregunta que nadie se hace es: ¿pueden ser claras las reglas de juego entre dos partes cuyos intereses no necesariamente coinciden y cuyo poder es de una desproporción monstruosa? Pfizer vende, sólo en medicamentos contra el colesterol, el equivalente a toda la exportación anual del Perú. La lógica indica que la ley la impone el más fuerte y la lógica del mercado indica que habiendo decenas de países que reclaman inversión, ésta se hará allí donde las leyes sean más permisivas, los controles estatales menos rigurosos y la mano de obra más barata y, por qué no, el gobierno más corrupto o corruptible.

El economista Shumpeter afirma que la esencia del capitalismo es crear permanentemente nuevas y cada vez más eficaces estructuras económicas al precio de destruir impiamente las estructuras ya existentes: «La lógica del capitalismo es la destrucción creativa de los hábitos y valores de la sociedad».

Por su parte Edward Luttwak, ensayista, ex asesor del Pentágono, compara a los apóstoles del libre mercado con los bolcheviques que proponían un modelo único para todos los países industrializados, sin tener en cuenta las diferencias culturales y religiosas y las distintas estructuras sociales, económicas y políticas. Advertía, con lucidez: «Si se tiene el motor Ferrari de una economía completamente privatizada y desregulada, hay que tener frenos igualmente poderosos». Esos frenos son los organismos de control que, en Estados Unidos, por ejemplo, funcionan con mucha eficiencia.

Cabe preguntarse, pensando en la debilidad crónica de nuestros Estados nacionales, ¿tienen éstos el poder de crear organismos reguladores capaces de imponer sus decisiones?

Observando el actual conflicto Perú–Telefónica, aparentemente sí, pero sólo estamos asistiendo al primer capítulo.

Para avizorar el poder de las empresas globalizadas basta saber que el Grupo G7, en el Acuerdo Multilateral sobre la Inversión, proponía otorgar a las multinacionales poderes para operar en los países en que se instalaban similares a los de un Estado. Ignacio Ramonet, director de **Le Monde Diplomatique** dice al respecto: «Era una prueba más de cómo se está vaciando la soberanía de

los Estados». Por ahora esa solicitud no ha prosperado. Por ahora.

En el plano cultural la globalización nos ha igualado. No económicamente, sino en hábitos y costumbres.

El planeta se ha achicado, se ha homogeneizado, se ha uniformizado. Tiene hasta un imaginario común. Los interiores de una casa, un supermercado, un cine, una disco o una universidad, pueden ser los mismos en Panamá que en Atenas, en Belo Horizonte que en Québec.

Las grandes marcas, con sus espectaculares anuncios, nos dejan la impresión, cuando viajamos, de estar llegando siempre al mismo lugar. Coca Cola, Pepsi, Toyota, Shell, Ford, Nike, etc. son como etiquetas adheridas a nuestros ojos.

Están allí para recordarnos que hay un solo mundo y hacernos saber, de paso, que ya tiene dueño. Y son precisamente esos dueños, las transnacionales, beneficiarias absolutas del proceso de globalización, quienes nos prometen una felicidad total si adquirimos sus productos.

También los problemas son los mismos, pues las características de cada país sólo operan como una variable menor en el terreno de la competitividad. Todo se define de acuerdo a patrones globalizados.

La economía, convertida en un fin en sí mismo, somete todos los otros aspectos de la vida social.

Los productores, víctimas de un sistema sobre el cual carecen de control, pueden transformarse en objetos descartables, mientras los consumidores se orientarán hacia donde la publicidad los guíe.

En suma, la globalización es un proceso inevitable que, pudiendo contribuir a una más justa distribución de los bienes, a una expansión del horizonte espiritual y cultural de los seres humanos, a una mejor comprensión de la diversidad y del derecho a la misma, a un libre y equitativo intercambio de productos, por el momento sólo ha profundizado las desigualdades existentes al extremo de hacerlas parecer insuperables, ha estimulado el resurgimiento de viejos nacionalismos y delirantes fundamentalismos, ha agravado el daño medioambiental, ha

hecho el mundo más accesible pero menos diverso, por tanto menos interesante y ha estimulado, no ya un sensato mercado de intercambio de productos, sino un histérico mercado de flujos financieros cuyos beneficios quedan en muy pocas manos.

Cambiar ese rumbo es una decisión de la que puede depender la supervivencia de la especie humana y la continuidad de la vida en el planeta.